

150. Amigos que nos visitan

Uno de los fenómenos sociales más llamativos de nuestro tiempo es el desplazamiento de la propia tierra a otra tierra extraña. Tiene muchas formas: la migración para buscar trabajo, el destino de la empresa, el estudio, el traslado del campo a la ciudad, el viaje de turismo... Todo ello crea unos problemas a las personas, a familias enteras y a la sociedad, que antes eran desconocidos del todo, o al menos representaban unas dificultades mucho menores que las de hoy.

Las civilizaciones de todos los tiempos han mostrado comprensión y solicitud por los emigrantes, por los desplazados, por los visitantes, por los viajeros. Es como un instinto, que lleva a prestar ayuda a quien está más necesitado que nadie. Y se supone que quien está fuera de su casa merece una atención especial.

Los países del Oriente bíblico consideraban la hospitalidad como algo esencial a su cultura, de modo que en la Sagrada Escritura nos encontramos a cada paso con los ejemplos, las recomendaciones y hasta los mandatos de ser bondadosos con los forasteros.

Abraham, mientras tomaba la fresca a la sombra durante la hora más calurosa del día, alza los ojos y ve a tres forasteros que iban a pasar de largo. No consiente que se vayan, y corre hacia ellos:

- Por favor, no pasen de largo. Aquí tienen la casa de su siervo. Voy a buscar agua para que se laven y refresquen los pies. Voy a buscar pan para que coman, se repongan y puedan después seguir su camino (Génesis 18,1-5)

* Lot, el sobrino de Abraham, hace lo mismo. Está descansando junto a la puerta de su casa a la fresca del atardecer, cuando ve a los dos forasteros. Y el mismo ruego insistente: *-Señores míos, por favor, entren en la casa de su siervo. Lávense, coman, pasen aquí la noche y mañana proseguirán su camino* (Génesis 19,1-3)

* Los dos de Emaús insisten al forastero que se les ha juntado en el camino: *- Quédate con nosotros, por favor. Mira que ya es tarde, y la noche se está echando encima* (Lucas 24,28)

Abraham, Lot y los de Emaús, actuaban conforme a las tradiciones más puras de su tierra. Pero, sin saberlo, Abraham hospedó al Dios que se le aparecía, Lot a dos ángeles, y los de Emaús a Jesús en persona.

¿Y qué piensa la Iglesia? La Carta a los Hebreos quiere que esta costumbre de Oriente pase a formar parte de la tradición cristiana, y pide entonces: *-No olvidéis la hospitalidad, pues por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles*. San Pablo había dicho a los de Roma: *-Estad prontos para ejercer la hospitalidad* Y les advierte a Tito y a Timoteo que los dirigentes de la Iglesia sean amantes de la hospitalidad (Hebr. 13,2. Rom. 12,13. Tit. 1,8. 1Tim. 3,2 y 5,10)

Preguntamos: ¿qué tienen que ver con nuestra situación moderna de los desplazamientos? Pues, tienen que ver mucho. Han cambiado las formas, pero los problemas de los forasteros son siempre los mismos.

Hoy a nadie se le ocurre, y a nadie se le puede recomendar, que abra la casa a un desconocido que se presenta de improviso. Pero será siempre necesaria la atención con esas personas que necesitan desesperadamente una ayuda inmediata.

Si no saben la lengua, ¿qué hacen los pobres?

Si no tienen dónde cobijarse, ¿cómo van a pasar la noche?

Si no llevan una moneda en el bolsillo, ¿qué van a comer antes de ir a dormir?...

Estos son casos extremos. Aunque lo normal es que necesiten otras ayudas, sin las cuales se van a ver en grandes dificultades para la vida, y es necesario solidarizarse con ellos para solucionar sus problemas.

Una fórmula del catecismo antiguo sobre las obras de misericordia, era aquella tan llamativa: *Dar posada al peregrino*. Hoy ese dar posada se traduce por *prestar ayuda al forastero*, y consistirá en ayudarlo a arreglar sus papeles en migración, a buscar trabajo, a instalarse en una casita, o simplemente orientarle para que no se pierda en la ciudad...

Hablando ya de nosotros, lo importante es el no perder esa solicitud por ayudar a los necesitados. Por un historiador que conoció y trató a Cristóbal Colón, sabemos lo que le ocurrió al Almirante en uno de aquellos viajes del descubrimiento de nuestra América. Con mucha gracia nos cuenta el recibimiento que a los descubridores les hacían los nativos.

Admirados de aquellas naves los indígenas, mucha gente, niños, chicos y grandes salían a las playas, trayéndoles cosas de comer, corriendo y mostrándoles alimentos y las calabazas con agua, llamando: *¡Vengan, coman, coman!*, rogándoles que bajasen y llegaran a sus casas, acogiéndolos como si fueran venidos del cielo... (El bachiller Andrés Bernáldez, con Colón). Nuestras gentes han conservado este espíritu acogedor, que es una riqueza espiritual muy grande, y de la cual han hecho gala siempre nuestros pueblos.

Un escritor de tiempos antiguos (Hugo de San Víctor) describe así la alegría de ayudar al forastero: *La caridad abre la puerta al peregrino que llama; la franca alegría le recibe al entrar; la familia le retiene; una mesa invitadora sacia su hambre; la humildad presta los servicios que pide su cansancio; la piedad apacigua su desespero, y la caridad le atrae y le hace descansar.*

Sí; hoy las puertas de la casa no se pueden abrir con tanta facilidad. Pero no hay nadie que no pueda tener la puerta del corazón bien abierta para tantos desplazados que, de una manera u otra, reclaman nuestro amor.